

# El Teatro Campos Elíseos

Elías Mas Serra

LA próxima restauración del Teatro Campos Elíseos convierte en una cierta exigencia el que, hoy, volvamos los ojos hacia este peculiar coliseo que entronca, en el tiempo, con la expansión de la ciudad burguesa, el modernismo arquitectónico y la sociedad desenfadada de los comienzos del siglo XX.

Qué duda cabe que el Teatro Arriaga ha desempeñado, desde su creación, el papel de teatro de la Villa y que, aún hoy, a pesar de la construcción del Palacio Euskalduna, detenta el liderazgo y el carácter emblemático que siempre ha tenido como centro de la vida cultural de Bilbao.

Por su parte, el Teatro Campos Elíseos, en cierta medida, ha sido como la alternativa, para el género chico, respecto de aquél. Pero, aún más que esto, es, por excelencia, el Teatro del Ensanche. Esta importancia del Teatro la demuestra el hecho de que, incluso en sus primeros momentos, se vivió un conato de "jumelage" entre ambas salas para evitar la competencia entre las mismas.

Pudiera parecer, no obstante, que, como consecuencia de lo apuntado, el papel del Teatro Campos ha sido de menor envergadura cultural que el de su hermano mayor. Nada más lejos de la realidad. No es nuestra misión e interés plantear, aquí, estas cuestiones, pero podemos remitir al lector a los conocimientos y textos de Carlos Bacigalupe, experto en la historia de la vida teatral bilbaína, para comprender la singular posición de este escenario en el devenir artístico y lúdico de nuestra capital.

## Un nuevo siglo

Con la finalización del siglo XIX y comienzo del siglo XX se daba en Bilbao, al igual que en el reciente cambio de siglo, una intensa transformación urbana que supuso una nueva fisonomía espacial de la vieja Villa. Iniciada en el penúltimo decenio del XIX y a caballo del cambio de siglo coincidía, dicha transformación, con el salto al nuevo espacio del Ensanche que se convertiría en el centro de la población. Coincidió, también, con todo un progresivo proceso de transformación y modernidad que se hacía especialmente presente en un Bilbao que tomaba carta de naturaleza como ciudad industrial y, poco a poco, como capital de la cornisa cantábrica.

Sobre el lenguaje de los eclecticismos, historicismos y modernismos, pues, emerge el nuevo Bilbao de comienzos del siglo XX. Estos estilos aportarán una imagen de calidad y, sobre todo, homogénea que va a proporcionar al conjunto urbano un decorado espacial de gran coherencia.

A ello hay que unir los nuevos puentes o reconstrucciones de los antiguos, las aportaciones en materia de infraestructuras y la aparición de nuevas dotaciones y equipamientos que participan de una concepción social y urbanística cada vez más actual y próxima a contenidos asistenciales, científicos y culturales.

Basta hacer un repaso somero para percatarnos de la nueva ciudad emergente. Así, desde que Hoffmeyer ejecutara, en 1877, el nuevo puente de San Antón, se sucedieron construcciones tales como el puente nuevo del Arenal (Adolfo Ibarreta, 1878), el nuevo puente peatonal metálico de San Francisco (Pablo Alzola, 1881), el de la Merced (Hoffmeyer, 1891), el puente de hierro y giratorio del Ayuntamiento conocido popularmente como del "perro-chico" (Brahon, 1892), para concluir con el Puente Transbordador de Bizkaia (Alberto Palacios, 1893) que une Portugalete con Getxo y que, aún fuera del territorio bilbaíno,



Vista de la fachada modernista y decorativista



Su distribución consta de un patio de butacas, dos anfiteatros y un "paraíso"

guarda una relación directa con la Villa, su puerto y la Ria.

Podemos, también, ver como, en la línea del crecimiento urbano y la arquitectura del momento, se incorporaron, a la ciudad, construcciones eminentemente representativas como la Sociedad el Sitio (Achúcarro, 1888), el Teatro Arriaga (Rucoba, 1890), la fachada de la Catedral (Achúcarro, 1890), la iglesia de la Residencia de los Jesuitas (J. M. Basterra, 1891), las nuevas Casas Consistoriales (Rucoba, 1892), la Casa Galera (Epalza, 1897), la



Proyecto de restauración de la "bombonera"

## El local recuperará para Bilbao su pulso cultural y su vida social

Estación de Santander (Achúcarro, 1898), la Quinta Parroquia (Landeche, 1898), el Hospital Civil de Bilbao (Epalza, 1898), la Escuela de Ingenieros (Achúcarro, 1900), el Palacio de la Diputación (Aladrén y Carlevaris, 1900) y un largo etcétera que dan idea del panorama arquitectónico que precedía y en el que se hallaría inmersa la construcción del nuevo teatro en los Jardines de los Campos Elíseos.

Curiosamente, dos arquitectos foráneos, europeos, estarán presentes en tres obras arquitectónicas de excelente calidad que emergen, como otros tantos hitos, junto a las señeras propuestas de los me-

jores arquitectos bilbaínos. Nos referimos a Paul Ankar que con Anastasio Anduiza escribirán un brillante ejercicio historicista neoflamenco en el Palacio Chávarri de la Plaza Moyúa y Jean Baptiste Darroquy que, con Luis Aladrén y Alfredo Acebal, desarrollaría los interesantes trabajos modernistas de la Casa Montero y el Teatro Campos Elíseos, respectivamente.

## El Teatro

Es, ante todo, el Teatro Campos, una pequeña joya en el corazón del Ensanche bilbaíno y, con ello, un espacio arquitectónico de gran calidad, capaz, además, de convertirse en sugerente envoltorio espacial

queda nada más del Teatro y los jardines que le rodeaban.

Su embocadura, superior en altura a la del Arriaga y su capacidad para 800 localidades dan, a pesar de todo, idea de la dimensión y envergadura de la llamada "bombonera" que se desarrollaba, hacia lo alto, en un patio de butacas, dos anfiteatros y el característico "paraíso".

Su calidad arquitectónica, cuyo referente externo, es la fachada modernista y decorativista de Darroquy, le ha merecido la incoación de la declaración de Bien de Interés Cultural.

Ciertamente, con el tiempo, se han producido numerosas intervenciones en la fábrica original, no siempre afortunadas. Así, y en pleno proceso de proyecto y obra, Alfredo Acebal desarrolló, ya, una primera modificación del Proyecto inicial (1901). Más adelante, en 1920, Félix Agüero diseñó la construcción de una nueva escalera. En 1943, el arquitecto Manuel Cabanyes procedió a la demolición de la escalera imperial, construyó una nueva y reformó los accesos a la sala.

A comienzos de los años ochenta (1980) Rufino Basáñez emprendió un extenso proceso de conservación y restauración del Teatro. Por fin, en 1994, el arquitecto Jesús Aldama, acometió, por encargo del Ayuntamiento de Bilbao, diferentes obras de refuerzo, consolidación estructural y nueva cubierta.

Tras la firma del reciente Convenio con la Sociedad General de Autores, el equipo de arquitectos del Gabinete de Arquitectura del Ayuntamiento de Bilbao, con la incorporación, desde la citada firma, de un arquitecto en representación de aquella Sociedad, han acometido, ya, las labores que deben de conducir a la restauración científica de la Arquitectura del Teatro y a la actualización de sus dotaciones e instalaciones de acuerdo con las más modernas técnicas representativas.

Lo importante, además, está no sólo en la restauración material del Teatro. Con ella y en función del referido convenio, el local recuperará, para Bilbao, su pulso cultural y su vida social. La "bombonera" del Ensanche, durante los próximos 30/40 años va a tener garantizada su gestión para ofertar el recuerdo, el presente y la vanguardia del mundo de la escena en el más amplio sentido de la palabra.

de las artes interpretativas y musicales del más excelente nivel.

Desgraciadamente el tiempo y el expolio de los espacios circundantes, por sus antiguos propietarios, han limitado las áreas complementarias de producción hasta la más mínima expresión.

Había nacido, en todo caso, el Teatro, como dotación dentro del espacio de los jardines de los Campos Elíseos, de cuya memoria sólo nos quedan limitados testimonios fotográficos.

Los románticos jardines dieron, pues, cobijo al Teatro sin dejar de ser jardines, lo que, en parte, evidencia la profunda y no muy acertada transformación posterior de la zona.

De su foyer, accesos y zonas sociales sólo resta una mínima expresión. Salvo la densa, modernista e insustituible arquitectura de la sala y la aureola de una cierta bohemia, más o menos respetable, no